

Psicología Gnóstica

Ha llegado la hora de auto-explorarnos para conocernos, en realidad de verdad, y saber quiénes somos, de dónde venimos y cuál es el objeto de nuestra existencia. Ustedes están sentados aquí para escucharme y yo estoy también aquí, listo para hablarles. Entre ustedes y yo debe existir una verdadera comunión de almas, si es que de verdad queremos comprendernos.

¿Quiénes somos realmente? Cada uno de nosotros es un enigma para sí mismo. ¿De dónde venimos, para qué existimos, por qué? A mí me parece, hermanos, a mí me parece, amigos, que vivir uno así, por vivir, sin saber quién es ni de dónde viene, ni por qué existe, no vale la pena.

Se necesita que seamos claros consigo mismos y que nos comprendamos de verdad, a fondo, que nos conozcamos. Cuando uno se auto-conoce, se puede también auto-descubrir.

La Gnosis enseña que el cuerpo físico no es todo. Un cuerpo está formado por órganos, los órganos por células y éstas por átomos. Si fraccionamos cualquier átomo, obtendremos energía. En última síntesis, el cuerpo físico se resume en determinados tipos y subtipos de energía.

Hace poco los rusos descubrieron el cuerpo vital; le dieron el nombre de cuerpo bioplástico (tienen lentes poderosísimos para ver tal cuerpo). Es obvio que los indostanes a dicho vehículo físico-etérico le denominan Lingam Sarira. En todo caso, la mecánica fisiológica, el organismo en general, no podría funcionar si no tuviera un asiento vital.

Los científicos han estudiado la mecánica de la célula viva, pero nada saben, en verdad, sobre el cuerpo vital. Don Alfonso Herrera, el sabio mexicano, gloria (pues) de nuestra patria, logró fabricar una célula artificial, pero esta célula nunca tuvo vida. Los científicos podrían fabricar la semilla de cualquier vegetal, pero sería una semilla muerta, no germinaría. Ya se sabe que en Alemania fabrican huevos artificiales. Eso de fabricar «blanquillos» (huevos) artificiales resulta en verdad chistoso, pero los fabrican y los exportan. Sin embargo, nunca jamás ha salido un pollo de entre un «blanquillo» de éstos.

Juegan los científicos con los trasplantes, hacen experimentos de toda especie, pero no fabrican vida. Injertar una planta no es fabricar vida, es jugar con lo que ya está hecho. Existe la inseminación artificial, pero eso no es fabricar vida. Yo pondría sobre la mesa de un laboratorio los elementos químicos necesarios para fabricar un zoospermo y un óvulo, mas estoy seguro de que, si se unen ambos, si se fabrica el zoospermo y se une con el óvulo (si ambos se unen, para ser más claro), tampoco saldrá de allí una criatura.

Mas sí pueden los científicos sacar un zoospermo de una glándula sexual y juntarlo con un óvulo, en una matriz, para hacer que nazca una criatura; Pero eso es jugar con la mecánica de los fenómenos, eso es jugar con la vida. Interesante sería que ellos fabricaran un par de gametos y luego, uniéndolos, de allí saliera una criatura humana. Hasta ahora no lo han logrado, ni lo lograrán jamás. De manera que las teorías materialistas en boga, no tienen basamentos de ninguna especie, son huecas, artificiosas, absurdas.

En la misma Rusia Soviética el materialismo dialéctico ya pasó de moda, la mayor producción de Parapsicología viene ahora de la Unión Soviética. Rusia está entrando en una época de experimentos psíquicos. Afortunadamente con esos poderosos lentes que tienen ahora, pueden ver el cuerpo vital. Saben que el cuerpo físico no es todo, saben que el cuerpo físico no puede existir sin un cuerpo vital.

Pero no nos detengamos nosotros aquí, únicamente, vamos más al fondo...

Incuestionablemente, todos pensamos y sentimos, deseamos, amamos, etc. Cuando tocamos a una puerta y nos preguntan «¿Quién es?», Nosotros respondemos: «Yo». Este “Yo” de la Psicología es digno de autoexploración, de auto-conocimiento.

Incuestionablemente, estamos llenos de múltiples defectos: Ira, codicia, lujuria, orgullo, envidia, pereza, gula, etc., etc., etc. Todos estos defectos nos hacen entender que el “Yo” no existe en forma meramente individual, nos hacen comprender que no tenemos un “Yo” autónomo, que el “Yo” es un montón de “Yoes”; Es decir, tenemos un “Yo” pluralizado.

Quiero decir, de otro modo, que el cuerpo físico está manejado por múltiples “Yoes”: yo amo, yo odio, yo envidio, yo quiero, yo no quiero, etc., etc., etc. Dentro de cada persona viven muchas personas y eso está demostrado. Nadie permanece siendo el mismo ni siquiera media hora.

El “Yo” que hoy jura amor eterno a una mujer, es más tarde desplazado por otro “Yo” que nada tiene que ver con tal juramento; Entonces el sujeto se retira y la pobre mujer queda decepcionada. El “Yo” que hoy jura amor eterno por una causa, mañana es desplazado por otro “Yo” y la persona se retira. Esto nos invita a comprender que dentro de toda persona hay muchas personas; cada una de las mismas tiene su propia mente, su propia voluntad, su propio sentimiento.

Entonces, nuestra persona física no es más que una marioneta, un muñeco, un robot controlado por muchas personas que llevamos dentro. Tales personas interiores luchan por la supremacía, se combaten entre sí, se odian mutuamente. Cuando una de ellas logra controlar el cerebro, el corazón y el sexo, totalmente, entonces se siente siendo la única. No tenemos, pues, sentido de responsabilidad moral, somos unas máquinas controladas por mucha gente.

Muchas veces allá arriba, en el cosmos infinito, un planeta choca contra otro y eso es una catástrofe. Las ondas que llegan a la Tierra nos hieren, y como máquinas nos lanzamos a los campos de batalla enarbolando banderas, lemas, etc. Millones de máquinas se lanzan contra millones de máquinas; ésa es la guerra. Lo más grave es que nosotros creemos tener una individualidad verdadera y no la tenemos; somos máquinas.

¿Y qué es la muerte? He ahí el enigma. Bien vale la pena saber qué es lo que nos aguarda del otro lado.

Se nos ha dicho, y es verdad, que la muerte es una resta de quebrados; terminada la operación matemática, quedan los «valores», los resultados, los yoes. Ellos continúan en la dimensión desconocida, se los traga la eternidad.

Obviamente, al panteón van tres cosas: primera, el cuerpo de carne y hueso, que se pudre entre el sepulcro; segunda, el cuerpo vital o cuerpo bioplástico, como lo llaman los rusos, y que flota cerca del cadáver, se va descomponiendo poco a poco, conforme el cuerpo físico también se va descomponiendo. Pero hay otra cosa más que va al panteón, me refiero, claramente, a la personalidad.

La personalidad no es el cuerpo físico, la personalidad es energética, no se puede ver con los ojos físicos, pero existe. Cuando uno viene al mundo, no trae personalidad. Ésta se forma con el ejemplo de los padres, con lo que uno aprende en la escuela, con las experiencias de la vida, etc. En realidad de verdad, la personalidad se forma durante los primeros siete años de la infancia y se robustece con el tiempo y con las experiencias.

A la hora de la muerte, la personalidad humana también va al sepulcro, entra y sale del mismo, es perceptible para los clarividentes (cualquier persona que tenga un poquito de extra-percepción podrá ver a la ex-personalidad) y se disuelve lentamente entre el panteón.

Me viene a la memoria en este caso, ahora, al hablar aquí con ustedes, un hecho insólito, Por ahí, en un baile, en una pachanga, allá en el Distrito Federal, algunos jóvenes estuvieron danzando muy alegres con cierta dama muy coqueta. Bailaron con ella hasta las tres de la mañana; a esa hora la dama manifestó que quería irse a su casa. Ellos, muy galantes, se ofrecieron para conducirla en su carro, mas ella dijo que tenía frío, que cómo haría para ir a la calle con tal frío. Uno de ellos le ofreció su chamarra; la dama se la colocó en su cuerpo, ¡y al carro! La llevaron exactamente hasta su casa, allí la dejaron; mas olvidó el dueño de la chamarra pedírsela y sólo se vino a acordar de la misma ya en la mañana. Entonces, junto con sus amigos, fue a golpear en la casa de la dama.

Una anciana salió de allí; el joven dijo: «¿Está la señorita fulana de tal? Vengo en busca de mi chamarra, se me olvidó pedírsela»... La señora, una anciana muy notable, le respondió: «Pues tendrá usted, jovencito, que ir a buscar esa chamarra por allá, al panteón, porque la hija mía murió ya hace tanto tiempo»... «Imposible, señora, eso no lo puedo creer yo, usted me está vacilando». «No, señor, yo no lo estoy vacilando; si me quiere creer, créame, y sí no, pues que no me crea. ¡Allá usted!».

Lo cierto fue que aquel joven, confundido, junto con sus amigos resolvió ir al panteón y, ciertamente, halló la sepultura de la dama y encima de la sepultura la chamarra.

Esto parecerá a ustedes (a los incrédulos, a los escépticos) una cuestión de cuentos para niños pequeños, pero no le parecerá lo mismo al que experimentó esa terrible realidad. Porque una cosa es conceptuar sobre algo en lo que no se cree, y otra cosa es experimentarlo en el propio pellejo. Lo que sucedió, sucedió.

Ahora bien, ¿qué fue lo que se hizo visible y tangible para esos jóvenes? ¿Qué fue lo que danzó con ellos, allá, en medio de la pachanga? Pues, realmente, la ex-personalidad. Ésta suele a veces hacerse visible y tangible, y aunque ustedes no lo crean, es verdad.

Ahora bien, no todo va al panteón, hay algo que no va para el panteón. Eso que no va al panteón son los valores, tanto los positivos como los negativos, los “Yoes” buenos y los “Yoes” malos.

Ya les expliqué a ustedes que dentro de toda persona hay muchas personas, es decir, muchos “Yoes”. Porque una cosa es el “yo envidia” y otra el “yo no envidia”; Una cosa es el “yo amo” y otra es el “yo no amo”; una cosa es el “yo odio” y otra cosa es el “yo no odio”. Todos esos “Yoes” no van al panteón; también hay algunos “Yoes” buenos que no van al panteón.

Conclusión: lo que continúa más allá del sepulcro es un montón de “Yoes”. Éstos se sumergen en la eternidad, éstos se atraen y se repelen de acuerdo con las leyes de la imantación universal. Si ustedes quieren comprobarlo, pues es fácil, aprendan a salir del cuerpo físico a voluntad. Nosotros tenemos métodos para investigar eso que se llama el «más allá»; Uno de esos métodos se llama «desdoblamiento».

Es fácil desdoblarse uno a voluntad, basta con acostarse uno con la cabeza hacia el Norte, convertirse en el espía de su propio sueño, relajar el cuerpo físico y, cuando ya se encuentre en ese estado de transición que existe entre vigilia y sueño, entonces debe identificarse con lo espiritual, sentirse siendo espíritu, sentirse siendo alma, y suavemente (en tal estado de adormecimiento) levantarse de su cama. Esto que he dicho: levantarse, debe traducirse en forma de hechos. No se trata de pensar que se va a levantar; tradúzcase en forma de hechos: levantarse. Y si ustedes se levantan y luego vuelven a mirar a su cama, verán que entre la misma el cuerpo físico ha quedado dormido.

Esto es algo parecido a lo que haría el dueño de un automóvil que, después de llegar a donde debe llegar, sale de su carro y lo mira desde afuera. No asustarse, es decir, no espantarse, no tener miedo, es fundamental.

Luego, posteriormente salir del cuarto con valor, salir de verdad a la calle, flotar en el ambiente circundante dentro de la dimensión desconocida, dentro de la quinta coordenada. Quien eso haga, podrá investigar por sí mismo lo que estamos diciendo sobre la muerte; verá a los difuntos, a aquéllos que ya abandonaron el cuerpo físico; podrá conversar con ellos cara a cara, verlos, tocarlos, palparlos.

Los escépticos se reirán de todo esto, pero ¿qué importa a la ciencia y qué a nosotros? El que ríe de lo que desconoce está en camino de ser idiota. Así pues, los invito a experimentar, para que puedan ver, tocar o palpar lo que hay del otro lado, en eso que se llama el «más allá».

Continuando con esto, diremos: la eternidad se traga a los que se marchan de este mundo, pero a la larga los vomita. ¿Para qué los quiere por allá? ¿Acaso sabemos nosotros manejar las fuerzas universales?

A su tiempo y a su hora, retornamos, regresamos, volvemos a este mundo. No será muy grato volver, ¿verdad?, pero volvemos. Esa es la ley del eterno retorno de todas las cosas.

Regresan los planetas a su punto de partida, después de unos cuantos años. Los átomos, dentro de las moléculas, regresan a su punto original de partida. Las estaciones primavera, verano, otoño e invierno, regresan cada año. Todo retorna, todo vuelve; ¿por qué habríamos de ser nosotros una excepción?

Incuestionablemente, retornamos, nos reincorporamos en un nuevo organismo. Sucede que a la hora de la muerte se escapa de nuestra psiquis un diseño, un diseño electromagnético. Tal diseño de la ex-personalidad viene más tarde a tomar forma, a cristalizar en el huevo fecundado, y es así cómo reconstruimos, en el tiempo, nuestro propio cuerpo. Es decir, renacemos, volvemos a tener un nuevo cuerpo de carne y hueso.

No estoy hablándoles a ustedes de reencarnación, eso es más elevado, estoy hablándoles de la ley del eterno retorno de todas las cosas y esa ley está demostrada.

Al volver a este mundo, tenemos que crear una nueva personalidad; ésta se forma con el tiempo y las experiencias. Al volver a tener un cuerpo físico, el ego se reincorpora otra vez; quiero decir, los “Yoes” vuelven a tomar posesión del nuevo cuerpo y entonces se repiten las mismas escenas, los mismos dramas, las mismas comedias, las mismas tragedias.

¡Qué bello es un niño! Durante los primeros años de la vida del infante solamente existe, dentro de su organismo, una pequeña parte del alma del inocente. Todavía los “Yoes” no han tenido oportunidad de meterse dentro de ese cuerpo, ellos dan vuelta alrededor de la cuna, van y vienen, aguardando el momento.

Más tarde, incuestionablemente, los distintos “Yoes” vuelven a tomar parte en la escena de la vida, se meten entre el cuerpo y el niño comienza a volverse iracundo, celoso, etc., etc., etc., y al fin todos esos “Yoes”, que abandonaron el pasado cuerpo, vuelven a expresarse tal como son; se repiten los mismos dramas, las mismas escenas, las mismas comedias. Esa es la ley de recurrencia.

Es necesario que ustedes entiendan lo que es esa gran ley. Todo lo que nos está sucediendo en la vida ya nos sucedió en el pasado.

Aquí estamos todos reunidos, en esta gran sala de la cultura de nuestro país. Aquí nos encontramos, y no hay duda de que en un pasado más remoto también nos habíamos encontrado.

La vida es una incesante repetición de acontecimientos, de sucesos. El destino de los seres humanos se debe, precisamente, a los “Yoes”.

Supongamos que en la pasada existencia, a la edad de treinta años, tuvimos una aventura amorosa. El “Yo” de tal aventura, por el hecho de haber participado en la misma, incuestionablemente seguirá existiendo después de la muerte. Al volver, al retomar un

nuevo cuerpo físico, tal “Yo” aguardará la ansiada edad de los treinta años y, exactamente, al cumplirse esa edad saldrá a buscar a la mujer de sus ensueños. A su vez, el “Yo” de tal mujer, al llegar a esa época, saldrá a buscar al hombre de sus anhelos y telepáticamente se pondrán en contacto los dos, hasta reencontrarse físicamente. Entonces se repetirá la misma aventura amorosa.

Supongamos que a la edad de los cuarenta años tuvimos un pleito en una cantina. Más tarde vino la muerte y en la nueva existencia –al retornar, al regresar– el “Yo” aquel de la cantina también volverá y, a la edad de los cuarenta años, buscará la cantina otra vez –sino la misma, por lo menos otra–. Dirá: «Voy a buscar a aquel hombre con el que tuve un pleito en la cantina»; lo buscará y telepáticamente se encontrará con él y volverán a repetirse los mismos acontecimientos, el mismo pleito.

Para cada escena, para cada drama, para cada tragedia, para cada comedia, existen actores. Si nosotros disolviéramos esos “Yoes”, esos actores, la repetición de comedias, dramas y tragedias se haría completamente imposible.

Desgraciadamente, nosotros jamás nos preocupamos por disolver tales “Yoes”. Venimos aquí, a este mundo, muchas veces, a repetir lo mismo y siempre en forma cada vez más decadente.

Desde el amanecer de la vida, nosotros no hemos evolucionado. Si estudiamos el Génesis, en principio encontramos belleza (el paraíso terrenal, etc.) y luego vemos cómo la humanidad ha venido involucionando, degenerando más y más y más. Si disolviéramos esos actores que cargamos dentro: al “Yo” de la ira, al de la codicia, al de la lujuria, al de la envidia, al del orgullo, al de la pereza, al de la gula, etc., la repetición de tales comedias, dramas y tragedias, se haría imposible. Entonces nuestra vida se convertiría en una obra maestra.

Desgraciadamente, vivimos como máquinas, somos víctimas de las circunstancias, no hemos aprendido a determinar circunstancias. Antes bien, somos víctimas de ellas, somos como leños arrojados en el furioso mar de la existencia, vamos de aquí para allá, sin saber de dónde venimos ni para dónde vamos. Ésa es la cruda realidad de la vida: trabajamos, luchamos, buscamos el dinero para comer, para vivir, para sostener a la familia, etc., y al fin morimos infelizmente, sin saber realmente para qué hemos vivido y por qué hemos vivido.

Ha llegado el momento en que nosotros nos volvamos más serios, porque hasta ahora no hemos aprendido a ser serios. Somos el producto del ambiente, repetimos lo que otros dicen, hacemos lo que otros hacen; somos verdaderas máquinas sin ton ni son, leños arrojados entre el furioso mar de la existencia.

Tenemos nosotros métodos, en nuestra escuela, por medio de los cuales ustedes podrán ver, oír, tocar y palpar esto que estamos diciéndoles. Los invitamos, de verdad, a venir a nuestros estudios. Si ustedes ingresan a nuestros estudios, no les pesará, porque se conocerán a sí mismos y podrán transformarse radicalmente.

Un hombre es lo que es su vida. Si un hombre no cambia su vida, está perdiendo el tiempo miserablemente. Uno no puede cambiar su vida, si no trabaja sobre su propia vida. Solamente es posible cambiar cuando disolvemos todos esos “Yoes” que llevamos dentro, todas esas otras personas que viven dentro de nuestra persona. Si así procedemos, veremos cómo se terminará la LEY DE RECURRENCIA para nosotros.

Lo más digno, lo más decente que tenemos en el fondo de nosotros mismos, es la esencia, la conciencia. Desgraciadamente, ésta se halla embotellada entre todos esos “Yoes”, entre todas esas otras personas que dentro de nuestra misma persona viven. Cuando nosotros quebrantemos a esos “Yoes”, entonces la conciencia quedará liberada. Una conciencia liberada puede ver, oír, tocar o palpar las grandes realidades que están más allá de la muerte.

Una conciencia liberada puede desatar las tempestades, provocar los huracanes, caminar sobre el fuego sin quemarse, etc. Una conciencia liberada es una conciencia iluminada, es la conciencia de un superhombre, es la conciencia de un Dios poderoso, con poderes terribles sobre la vida y sobre la muerte.

Desgraciadamente, hoy por hoy, nosotros no somos sino máquinas, máquinas y nada más que eso. Ha llegado la hora de dejar de ser máquinas, ha llegado la hora de auto-observarnos para auto-conocernos.

En el terreno de la vida práctica, ya sea en la casa, en la calle, en la escuela o en el templo, etc., podemos auto-descubrirnos. Si uno se encuentra en estado de alerta percepción, de alerta novedad, verá que, en medio de las diversas circunstancias de la vida, los defectos que llevamos escondidos afloran espontáneamente y entonces los vemos. Defecto descubierto, debe ser enjuiciado analíticamente y, una vez enjuiciado, debemos entonces desintegrarlo, reducirlo a polvareda cósmica.

Incuestionablemente, la mente no puede alterar fundamentalmente a ningún defecto. La mente puede rotularlo con distintos nombres, pasarlo de un departamento a otro, pero jamás alterarlo radicalmente. Necesitamos de un poder que sea superior a la mente.

Afortunadamente ese poder existe en el fondo de cada uno de nosotros, quiero referirme en forma enfática al poder del Kundalini –palabra extraña, para muchos que jamás han leído nada sobre esoterismo o yoga, o algo por el estilo–.

En todo caso, Kundalini, entre los indostanes, es el fuego sagrado.

Dentro de cada uno de nosotros hay un fuego sagrado que puede entrar en actividad. Tal fuego, en los tiempos antiguos, fue representado por Isis, María, Adonía, Insoberta, Rea, Cibeles, Tonantzin, etc. Ese fuego es maternal, es la Divina Madre Cósmica en nosotros, es Dios Madre en el fondo más íntimo de nuestro corazón.

Si apelamos a ese fuego divinal, si apelamos a ese Kundalini de los indostanes, entonces podemos pedirle que elimine el defecto que ya hemos observado y enjuiciado previamente.

Kundalini, la Madre Cósmica simbolizada por la virgen de todas las religiones antiguas, procederá eliminando de nuestra psiquis tal defecto, destruyendo al “Yo” que lo personifica, reduciéndolo a cenizas, a polvareda cósmica. Cuando esto sea, el porcentaje de conciencia allí embotellado, enfrascado, se liberará, se emancipará. Y si continuamos con este procedimiento psicológico trascendental, revolucionario, podremos en verdad desintegrar todas esas múltiples personas que llevamos en nuestro interior.

Cuando esto se cumpla, cuando toda la totalidad del “Yo” haya sido reducida a cenizas, convertida en polvareda cósmica, la esencia (la conciencia) quedará liberada y será entonces cuando gozaremos de la verdadera y auténtica felicidad; será entonces cuando en verdad conoceremos la libertad, será entonces cuando en verdad estaremos iluminados, será entonces cuando podremos experimentar, por sí mismos y en forma directa, eso que es la Verdad.

Muchas teorías se han escrito sobre la Verdad. Algunos dicen que la Verdad es aquélla, o esta otra, mas la Verdad solamente la puede experimentar aquél que ha muerto en sí mismo, aquí y ahora; la Verdad solamente es asequible a aquél que ha logrado en verdad despertar.

Hoy por hoy, todos ustedes, sin excepción, tienen la conciencia dormida; ésta se encuentra enfrascada, embutida entre el mí mismo, entre el sí mismo, entre el ego.

Aquellos que rinden culto al ego, son ególatras. Hay muchas escuelas que enfatizan, en forma definitiva, que dentro de cada uno de nosotros mismos existe un “Yo” superior y un “Yo” inferior.

Hay quienes suponen que el “Yo” superior debe controlar al inferior, hasta triunfar, y que entonces «nos convertiremos en Mahatmas, en dioses». Quienes así proceden, desconocen que inferior y superior son dos secciones de una misma cosa.

El ego tiene un principio, el ego tiene un fin. Lo importante, para nosotros no es el ego, el yo, sino el Ser. El Ser es el Ser y la razón de ser del Ser, es el mismo Ser. Nuestro Ser es divinal, nuestro Ser es Dios mismo, nuestro Ser no tiene principio ni tiene fin. En nuestro Ser está la plenitud, está la perfección, está el sentido de la bienaventuranza. Nuestro Ser puede darnos esa felicidad inagotable, esa dicha inconfundible, que nada tiene que ver con los vanos placeres de la vida.

Nuestro Ser puede conducirnos a esa fuente de agua de vida, y quien bebiere de esa agua nunca jamás podrá tener sed, y ríos de agua pura brotarán de sus vientres. Por eso dijo el Cristo que «Él es la luz», que «Él es la vida»...

Al Cristo, realmente, hay que buscarlo en las profundidades de nosotros mismos, en lo hondo de nuestro Ser. Él es el Salvador, pero no está en otra parte, sino en las profundidades del Ser.

Los adoradores del ego, aquellos que rinden culto al mí mismo –los ególatras, los mitómanos–, piensan del ego lo mejor. Hay quienes se dedican a fortificar todos esos

“Yoes” que en su conjunto constituyen él mí mismo. Ésos, inevitablemente, se convierten en potencias tenebrosas.

No está de más decirles a ustedes, en nombre de la verdad, que a nosotros –a cada uno de los que estamos aquí–, se nos asignan siempre 108 existencias. Si durante esas 108 existencias no disolvemos el “Yo”, si durante esas 108 existencias no despertamos, entonces no se nos dan más cuerpos físicos y posteriormente ingresamos en la involución sumergida de los mundos infernos.

El Dante escribió una obra extraordinaria, quiero referirme en forma enfática a La Divina Comedia. Los nueve círculos dantescos tienen realidad; el infierno del Dante es cierto, pero simbólico, alegórico.

Las almas involucionan dentro de los mundos infernos. Si en vida no fuimos capaces de reducir a polvo al ego, al yo, al mí mismo, al sí mismo –en las 108 existencias–, después de la muerte ingresamos dentro de las entrañas de la Tierra, en las infradimensiones de la naturaleza y del cosmos. Allí, dentro del mundo soterrado, hemos de sufrir lo indecible; allí tendremos que involucionar en el tiempo hasta que las fuerzas centrífugas desintegren al mí mismo, reduzcan a polvo al ego.

Entre los náhuatl, sabios cual ninguno, se habló del Mictlán, se dijo que habían nueve círculos, se aseguró que los difuntos pasarían por entre esos nueve círculos y que allí serían probados, para más tarde ingresar a los paraísos elementales de la naturaleza.

El México Antiguo tiene la sabiduría de la eternidad. Aquí, en la tierra sagrada de los náhuatl, de los toltecas, de los mayas, de los zapotecas, existen verdades trascendentales que deben ser estudiadas, analizadas, conocidas, comprendidas.

Quien logre pasar por los nueve círculos dantescos, después de la “Muerte Segunda”, se emancipa. El alma, la esencia pura, resurge a la superficie, a la luz del Sol, para reiniciar un nuevo proceso evolutivo que ha de comenzar por el mineral, continuar en el vegetal, proseguir en el animal, hasta reconquistar el estado de humano que otrora se perdiera. Entonces se le asigna al alma un nuevo ciclo de existencias –108 existencias más– para que se autorrealice. Si no lo logra, se repite el mismo proceso.

Por todo hay 3,000 ciclos. Aquellas almas que en 3,000 aeones o períodos de tiempo no consigan la maestría, después de la “Muerte Segunda” –en el ciclo tres mil– se sumergirán para siempre entre el seno del Espíritu Universal de Vida, convertidos en simples elementales; no en mahatmas, no en gurús, no en dioses, no en ángeles, sino en simples elementales de la naturaleza.

Pero situémonos en el presente. Aquí estamos todos reunidos, por donde quiera hay guerras y rumores de guerras, y habrán guerras en tanto dentro de cada uno de nosotros existan los elementos de la discordia y del egoísmo. Dentro de cada uno de nosotros existe un infierno, nosotros cargamos el infierno.

Debemos trabajar sobre nosotros mismos, necesitamos transformarnos radicalmente, necesitamos convertirnos en seres inefables. Así pues, todos los aquí presentes deben entender la necesidad de auto conocerse profundamente y en todos los niveles de la mente. Al venir al mundo se nos da la oportunidad para transformarnos.

Cargamos dentro de sí mismos lo más decente, lo más digno, que es la esencia, eso que se llama alma. Repito: la tenemos enfrascada entre el ego. Esa esencia, esa alma, originalmente viene de la Vía Láctea. Allí resuena espléndidamente la nota La. Prosigue después, esa alma, por la nota Sol, al atravesar el disco solar. Prosigue descendiendo y atraviesa la nota Fa, que hace vibrar los planetas alrededor del Sol y, continuando en su descenso, con la nota Mi, entra en un nuevo cuerpo físico.

Al venir la esencia, al regresar a este mundo, se le ha dado una oportunidad para descubrir, siquiera, el “Rasgo Psicológico Principal” que le caracteriza. Si siquiera eso lográramos, no fracasaríamos en la vida. Desgraciadamente, las gentes ni siquiera conocen el rasgo psicológico principal que les caracteriza y eso es lamentable.

Algunas personas se distinguen por la ira, otras por el odio, otras por la pasión sexual, otras por la envidia, etc. Si tan siquiera conociéramos el “Rasgo Psicológico Principal” y desintegráramos al “Yo” que le corresponde, es obvio que desencarnaríamos triunfalmente, habríamos dado un paso en el camino de la emancipación. Desgraciadamente, no nos preocupamos ni siquiera por conocer cuál es nuestro rasgo psicológico principal.

Cuando uno descubre cuál es su defecto más gordo, se hace fácil, en verdad, desintegrar los otros. No quiero decir que esto sea así como «soplar y hacer botellas», pero en verdad es más fácil desintegrar los distintos elementos que constituyen el “Yo” cuando se descubre el “Rasgo Psicológico Principal”.

Desgraciadamente, las gentes se van después de haber hecho esfuerzos inútiles, se van después de haber sufrido mucho en este valle de lágrimas, se van después de haber perdido el tiempo inútilmente; La eternidad se los devora y luego regresan, retornan, para repetir la misma historia.

La vida es como una película; la muerte es el regreso al principio de la vida, al punto de partida original. A la hora de la muerte nos llevamos ese «rollo» de la vida, y cuando volvemos proyectamos otra vez la misma vida. De manera que cada hombre vive su propia vida; cada hombre, al volver a este mundo, repite su misma vida, y si no trabaja sobre su vida, si no la transforma, si no hace de la misma una obra maestra, está perdiendo el tiempo miserablemente.

Lo más importante para nosotros, repito, es nuestra propia vida. Hasta aquí mis palabras.

Samael Aun Weor.